



La vida tan normal como se pueda

* Miguel Molina

Levo días evitando el tema, pero al mismo tiempo sin poder quitármelo de encima, dándole vueltas, mirando lo que pasa, recordando lo que pasó: la mujer entró al vagón con el niño en brazos, y las miradas de todos se ocuparon en algo: el periódico, la revista, el libro, el sueño, el ajeno perfil de la pareja, las uñas, cualquier cosa.

Si hubiera llevado pantalones vaqueros, tenis de plataforma, anillos en los dedos de pies y manos, cabello azul o rojo, podría haber sido una mujer más en Londres. Pero llevaba una enorme falda floreada, una blusa bordada, un suéter maltratado sobre la blusa bordada, un velo sobre el cabello negrísimo, y un cartón donde alguien había escrito en un inglés pedregoso: *Soy de Kosovo. Por favor, déme lo que pueda.*

Nadie en tierra de nadie

Echados de sus casas por los serbios, bombardeados por error de la OTAN, rechazados y despreciados por sus vecinos, y recibidos a cuotas y a regañadientes por Europa, los kosovares de origen albanés -y en general todos los que vivían en la zona afectada por la guerra- son nadie en tierra de nadie, a merced de todo, con hambre, con sueño, con miedo, con frío, y sus caras aparecen todas las noches en la televisión de la sala, contando sus historias.

Hay, literalmente, un millón de historias. Cada quien narra la guerra como la sufre aunque -habría dicho Nazim Hikmet- todos tengamos las mismas lágrimas frente a la tristeza, y por eso ese millón de historias terminará por deshacerse de recuerdos y detalles, pasiones y rencores, temores y pesadillas, y todo se fundirá en un relato que sea de todos y de nadie.

Los refugiados de esta guerra, todos, retrocedieron siglos en unas semanas. Sus pueblos fueron destruidos, sus

archivos fueron quemados, sus documentos fueron confiscados, y ellos mismos se vieron obligados a dejar atrás todo lo poco que quedaba. Ahora su nombre es un número.

Sellos en las manos

Son tres las manos. No se sabe si de mujer o de hombre porque sólo se ven las manos, una izquierda que tiene un anillo en el dedo medio y sostiene un pañuelo blanco, y el puño de un suéter en una de las otras dos manos derechas. Tienen un sello, el mismo, nítido en una y ya borroso en las otras, con un teléfono y una dirección en Colonia. Son tres refugiados que esperan en Skopje el avión para Alemania. La fotografía -que se mira con horror y fascinación- es de Andrew Testa. Uno piensa: «Ya están volviendo a marcar a la gente».

De un Kosovo a otro

No es la primera vez que los alemanes tratan de imponer la paz en los Balcanes. La última vez fue en el siglo pasado, y más precisamente en 1878, cuando Bismarck convocó al Congreso de Berlín para repartir la región (esa y otras) entre las potencias. de entonces, que eran otras pero hacían lo mismo que las de ahora.

El congreso determinó la independencia de Montenegro y de Serbia. El resto se repartió de manera que todos (Rusia y Turquía intercambiaron territorios que habían pertenecido a los imperios austro-húngaro y otomano) tuvieran un pedazo de esa parte del mundo. Austria se quedó con Bosnia y Hercegovina, una decisión que en opinión de muchos preparó el escenario para la primera guerra mundial...

Al finalizar la segunda guerra mundial, las potencias -que escriben la historia y trazan las fronteras- elaboraron un nuevo mapa de Europa, y la región quedó bajo la esfera de influencia de la Unión Soviética. La división geopolítica

actual de los Balcanes es resultado de la desaparición del imperio Soviético.

Así que lo que una vez fue Yugoslavia conoce la guerra. La historia habla de batallas, conquistas y reconquistas, enconos y derrotas, desde los tiempos en que la muerte del emperador Teodoro marcó la división del imperio romano, en el siglo cuatro de nuestra era. Por ahí pasaron tropas de Gengis Kan a principios del siglo trece, perseguidas por soldados del rey de Hungría.

A finales del siglo catorce guerrearon ahí los otomanos que iban a sitiar Constantinopla (la actual Ankara), y de paso derrotaron en 1389 a los serbios y los albaneses en una región conocida como Kosovo Polje, Campo de cuervos. La fecha sigue siendo una espina en la memoria serbia. De un Kosovo a otro han pasado seis siglos.

Un día en la vida de Baqui Zanelli

Tiene treinta y ocho años. Salió de Kosovo con su familia poco antes de la guerra para escapar de la policía serbia. Vive en Londres, donde su esposa y sus tres hijos comparten con él un cuartito en un albergue del norte de la ciudad. Reproduzco partes de su experiencia en el mundo libre casi tal y como se la contó a la revista *The Big Issue*, que se especializa en problemas de los desamparados:

A veces desayuno, a veces no, porque se me ha quitado el hambre desde que comenzaron los bombardeos, pero a eso de las ocho de la mañana alistamos a los niños para que vayan a la escuela: estamos tratando de que la vida sea tan normal como se pueda, aunque mi hijo mayor todavía tiene miedo de los serbios, de las cosas terribles que vimos en Kosovo... He tratado de localizar familiares y amigos que se quedaron allá, pero las líneas telefónicas están dañadas o destruidas y comunicarse es muy difícil y es caro, y aunque he gastado mucho

*** Veracruzano de origen, autodidacta irredento, el cual se paseó por varias facultades de la UNAM, para terminar de periodista. Actualmente reside en Londres, Inglaterra.**



dinero en eso mi hermano y su familia llevan ya varias semanas sin aparecer. Me paso el día tratando de enterarme de lo que pasa en mi país. Pero no siempre. A veces viene a visitarnos nuestra mejor amiga, que lleva un año viviendo aquí en un albergue con su hija y era nuestra vecina en Kosovo. Hablamos sobre lo que pasó y sobre la gente que se quedó allá. A mediodía me voy al albergue a comer con mi esposa y mi hijo menor. Recibimos ayuda del seguro social y podemos cocinar en nuestro cuarto. Al principio no teníamos dinero, porque nos gastamos todo en los pasajes para escapar de Kosovo, pero la gente del albergue ha sido muy amable y nos ayudó, y nos dan comida y dinero. Estamos muy agradecidos. Si no fuera por la hospitalidad de los británicos estaríamos muertos. Hay un café en Finchley road donde se reúnen todos los que vienen de allá. Hablan de la guerra. Al oscurecer regreso al albergue. Cenamos temprano y vemos las noticias en la televisión. No entiendo muy bien qué dicen, pero puedo ver y puedo sentir el dolor de mi gente. Nos acostamos temprano. No podemos hacer planes para vivir en este país, porque sabemos que tenemos que regresar a nuestra patria. Despertamos temprano. A veces desayuno, a veces no, porque se me ha quitado el hambre desde que comenzaron los bombardeos, pero a eso de las ocho de la mañana alistamos a los niños para que vayan a la escuela: estamos tratando de que la vida sea tan normal como se pueda.

La guerra de Bosnia, hermana de la de Kosovo, dejó sin nada a casi dos millones de personas. Cinco mil de ellas vinieron a vivir a Gran Bretaña y -aunque la paz se firmó hace cinco años- sólo quinientas han regresado a lo que dejaron o a lo que les dejaron.

Quién es quién y dónde es dónde

Tanto y tantos le han metido la mano al mapa de los Balcanes que ya no se sabe bien qué es qué ni dónde está ahora. Empecemos con Yugoslavia, que era parte del imperio político del Kremlin y estaba integrada por seis repúblicas federales bajo las riendas de Josip Broz, Tito. Cuatro de ellas son independientes, el gobierno de otra (Montenegro) se opone a Slobodan Milosevic, y la quinta es Serbia. Kosovo, para bien o para mal, sigue siendo parte de Serbia.

Refugiados en su tierra

Durante los primeros días, lo primero que hice al llegar a la oficina fue marcar un número en Belgrado. Dos, tres, cuatro, cinco veces sonaba el timbre del teléfono en el otro lado de Europa, y

Bojan Kavcic contestaba en tres idiomas. «Toda la noche cayeron bombas sobre Belgrado», decía en sus despachos para la BBC. «La gente se resguardó sin problemas en los refugios cuando sonaron las alarmas. Hay preocupación por los bombardeos, pero no hay miedo».

Un día me contestó el teléfono su hermana: «Estamos bien», me dijo, «aunque preocupados. Bojan salió a desayunar». Al poco tiempo tuvieron que salir de Belgrado. Dentro de poco, los belgradenses -sin salidas, sin puentes, sin comunicaciones, sin abastos- se convertirán en refugiados sin tener que salir de la ciudad en que viven.

Las víctimas que nadie quiere

Son muchos. Tantos, que en Macedonia ya se sintieron los efectos de recibir a miles, a decenas de miles, a centenares de miles que necesitan servicios elementales y ayuda de emergencia. Si uno cree los datos de la OTAN, la proporción de refugiados que entró a Macedonia equivaldría a que un país como México recibiera a cinco millones de personas en un par de días.

Pobres. Ellos heredarán la tierra, pero nadie los quiere. Albania -*alma mater dolorosa* de prácticamente todos los refugiados- ha expresado su preocupación por la presencia de los hijos incómodos. Montenegro también. La OTAN ya aclaró -Serbia *et orbi*- que es una alianza militar y no un organismo diplomático. Algunos países han ofrecido recibir algunos refugiados, veinte mil el que más. Gran Bretaña ofreció recibir algunos refugiados y luego dijo que es mejor que se queden donde están. La ONU se hará cargo de ellos.

La noticia en contexto

Las escenas que vienen a continuación pueden impresionar a algunas personas. Una mañana en el campo. Hace sol. Se oye un llanto. Es un niño que está sentado en un tractor. El niño llora y se cubre la cara con las manos y vuelve a ver y no cree lo que está viendo. Hay varios cuerpos tendidos en el camino, pedazos de metal, fragmentos de muebles y de ropa, y papeles. En la grabación original sólo se oye el llanto del niño, aunque también logre escucharse el ruido de pasos que se acercan, voces confusas que dan órdenes claras, alguna exclamación lejana. Podemos ver una panorámica de la caravana: es como si un tren le hubiera pasado encima. O peor: le cayó encima una bomba. La OTAN admite que la bom-

ba fue suya, y que el bombardeo fue un error.

Si regresan

La más reciente estrategia internacional para los refugiados consiste en que todos se queden donde están, cerca del lugar que dejaron, para que puedan volver tan pronto como haya paz. No es tan reciente porque hace cincuenta años las inventaron para los palestinos, pero es la más reciente que hay. Claro que tienen el problema de qué va a pasar cuando regresen, si regresan.

No se puede esperar que los kosovares regresen como si nada. Si la OTAN se atiene -como asegura- al acuerdo de Rambouillet, la provincia seguirá siendo parte de Serbia. Habrá una tregua de tres años, que es lo que garantiza el documento promovido por británicos y franceses, pero no se considera la posibilidad de que Kosovo gane la independencia. «Eso provocaría una fuerte inestabilidad en los países vecinos», explicó el canciller británico Robin Cook a un comité del Parlamento.

¿Qué harán los refugiados entonces? La ayuda internacional es limitada ahora y será limitada después, tomando en cuenta que lo que se ha reunido para solucionar la crisis no alcanzaría para comprar ni un bombardero *Stealth*. El escenario es como sigue: la OTAN conservará presencia militar para garantizar la paz, la Organización para la Seguridad y la Cooperación en Europa (OSCE) interviendrá para promover la recuperación económica, y la Unión Europea se entenderá de la recuperación política.

Lo que no se sabe es si Slobodan Milosevic seguirá siendo presidente.

Vista de civiles en el puente

No recuerdo si lo ví en la televisión o fue una fotografía. No recuerdo. No importa. Hay una multitud en un puente de Belgrado. El observador descuidado pensaría que se reunieron para inaugurar el puente, o que están celebrando algo porque se puede ver una plataforma improvisada y algunos bailan. Según la prensa occidental, el genio maligno de Slobodan Milosevic ordenó la concentración de civiles en el puente para que los aviones de la OTAN se contuvieran ante un escudo humano. Según la prensa serbia, se trata de belgradenses dispuestos a salvar de las bombas el último de los puentes sobre el Danubio. Cualquiera de las dos versiones puede ser verdad. Cualquier cosa puede ser falsa. Lo único cierto es que el Danubio no es azul. Nunca lo ha sido.

